ANTONIO PEREIRA, Dibujo de Figura. El Bardo, Barcelona, 1972.

Conozco todos los libros de Pereira. Y le conozco a él. Y su vocación firmemente poética, aunque sus vuelos se hayan desplegado por otros caminos de la novela o la narración breve. Pero en el principio fue el poeta...

Y aquí sigue, fiel a su llamada, peregrino de una senda que ojalá sea larga en andadura y segura en la huella. Estos Dibujos de figura, son dibujos y testimonios del poeta. Olor a infancia y juegos, aunque algunos fueran prohibidos como el de la guerra.

Libro diferenciado y diferenciador de un poeta que tenía más pronto y más tarde que acabar en estos versos. Se intuía ya.

Y su romancero y tu cotidianismo, y sus continuos viajes, y hasta su adusta sinrazón de un paisajismo enterizo y valiente sólo podían desembocar en eso. En la verdad. En la confesión general. En la humanidad doliente y descreída. En la narración poética, cuidada y vigilante, atormentada y dura, valiente y contenida.

Pereira recuerda y llora, suplica y reza, gritando limpiamente la verdad de las cosas, de aquello que se acuerda y que son muchas cosas.

Contenido el verso, esencializado y cortante el poeta parece otro, aunque siempre es el mismo. Ha cambiado el acorde. Quizá su «Leika» tenga un carrete nuevo, pero la mano es la misma, y las sombras y la luz y la esperanza se manejan con más destreza, pero semejante intención.

Juvenilmente nos sorprende, ya que el libro parece realizado por un poeta joven que entra seguro en el campo del honor, y del amor, al que sigue fidelísimo y ausente.

Poesía ética, también, cuando el mundo pequeño de los roces, se convierte en universal reproche de tantas cosas pasadas, pero nunca enterradas.

Y así discurre el libro y el verso, acuciado y dominado, caliente y embravecido por tantas cosas tristes, donde la ausencia y el mar son el contrapunto para llamar o decir: madre, casa o exclamar serenamente: «y no sé qué hacer con mis tardes»...

Hermoso y redondo el poema «Ahora tengo una casa junto al mar» donde el poeta alcanza las más altísimas cumbres de su poesía y de su verdad, de sus sueños, en que la palabra se hace mágico claroscuro de autenticidad y fiereza en las recordaciones. Acento elegíaco, lleno de claras sonoraciones y de pausas perfectas en las que el lector se sumerge y el crítico sonríe complacido y entregado:

Madre, ya sé que yo no tengo

remedio, que me canta

su nombre el mar si dicho entre centenos,

y que no hay hermosura en todo el mundo

como un río olvidado

si nos renace entre caliente arena.

Decididamente el poeta nos lleva de la mano y el que esto escribe se olvida de la crítica, de que es ya madrugada y sólo siente que:

No hay nada más cansado que el rostro de un domingo

si son las cinco de la tarde y llueve,

no hay recuerdo más triste que el de los soportales

y la humedad calando la suela del zapato.

Y por un momento no se sabe, si es este maravilloso fluir del alejandrino combinado con el endecasílabo el que te lleva por esa calle eterna de las horas olvidadas, de la humildísima sencillez de la losa, o del brillar de unos ojos maternos clavados siempre con amor y en la espera.

Gran libro, este de Pereira, que confirma con creces el ascenso y la madurez de un auténtico poeta.